ABC 2 Junio 1945

28

EL ARMA SECRETA EN LA GUERRA DE CRIMEA

Todo sucede en 1855. Guerra de Crimea. Lord Raglan y el general Canrobert no se entienden. Pelissier releva a este último. Francia e Inglaterra luchan juntas para evitar que el Imperio de los Zares se lucre de la debilidad turca. La guerra de Crimea no era, no, una guerra banal ni en lo que atañe a sus objetivos ni en cuanto se refiere a la sangre vertida. Sebastopol costó a sitiadores y sitiados la friolera de 250.000 muertos, muertos de los de entonces, que tenían, desde luego, mucho más valor que los de ahora. (Hoy nadie pestañea por cifras tan exiguas. En el cómodo sillón, cercano a la *radio*, entre las volutas de humo del cigarrillo, nos hemos enterado, impávidamente, del sucesivo acabamiento de todas las ciudades que eran florones de Europa y de los millares de ciudadanos pacíficos desaparecidos entre sus ruinas.) La guerra de Crimea, pese a sus rigores indudables, parecía, sin embargo, comparada con la que acaba de concluir, una guerra de juego. Tengo entre mis manos el parte oficial que, con fecha de 8 de mayo de 1855, dirige lord Raglan, generalísimo inglés, desde su Cuartel general de Crimea a lord Panmure, ministro del Ejército. Yo lo leo, sobre las amarillentas páginas de la *Gaceta de Madrid*, donde se inserta, con una mezcla de incredulidad y de estupor. "Me cabe el honor de informaros—comienza lord Raglan—de que las tropas expedicionarias inglesas han vuelto hoy sanas y salvas, después de haber llevado a cabo un servicio excesivamente peligroso y de la mayor importancia, sin que se haya perdido un solo hombre, ni por nuestra parte ni por la de nuestros aliados." Late en esa comunicación un conmovedor deje, casi paternal. Las tropas han vuelto "sanas y salvas"—se dice—. Después de un recuento que alcanza, no ya a los propios ingleses, sino que, generosamente, se extiende hasta sus propios aliados, no se advierte la falta de ninguno de ellos. A pesar de tan consolador balance, lord Raglan cree necesaria una ponderación heroica de las dificultades de la empresa y diputa el servicio de "excesivamente peligroso". Así lo emparenta con aquella humorística definición del soldado: "profesión no exenta de riesgos".

Lord Raglan continúa: "Al mando de sir Colin Campbell movilicé los regimientos 42, 71 y 93 de *highlanders*, cuyo traje esperaba que produciría en los soldados rusos extraordinarias y nuevas impresiones y que tendería a consolidar nuestra alianza con todos los circasianos que pudieran verles desde la costa."

¿Es posible que sólo noventa años nos alejen de esa "V I" de sastrería? ¿Lord Raglan hablaba seriamente de todo esto? Cuesta trabajo creer que, desde su altura de generalísimo cotizara la impresionabilidad de los rusos y el sentido estético de los circasianos colindantes sugestionados por unos uniformes pintorescos como un factor digno de ser tenido en cuenta en la batalla.

¿Qué puede sorprendernos después? El final del parte. Dice así: "El tiempo está caluroso, pero nebuloso, y no me sorprendería que principiase a llover."

Así concluye el parte de Lord Raglan como concluyen la mayoría de las cartas de los bañistas de San Sebastián.

Yo repaso mentalmente la lacónica literatura de los partes oficiales de 1939 a 1945—"se lucha entre las ruinas de Viena", "el fuego de represalias continúa cayendo sobre Londres", "las últimas fuerzas de resistencia combaten entre los escombros de Budapest"—y no veo ningún resquicio abierto para el comentario, entre irónico y añorante del cronista, que le quepa en suerte al A B C del año 2040, cuando cumpla su 95 aniversario, como ahora la guerra de Crimea, esta pavorosa contienda en la que se ha abrasado la bella y maravillosa Europa del siglo XX.

JOAQUIN CALVO-SOTELO